

De habla y de fábula

Langue et parole

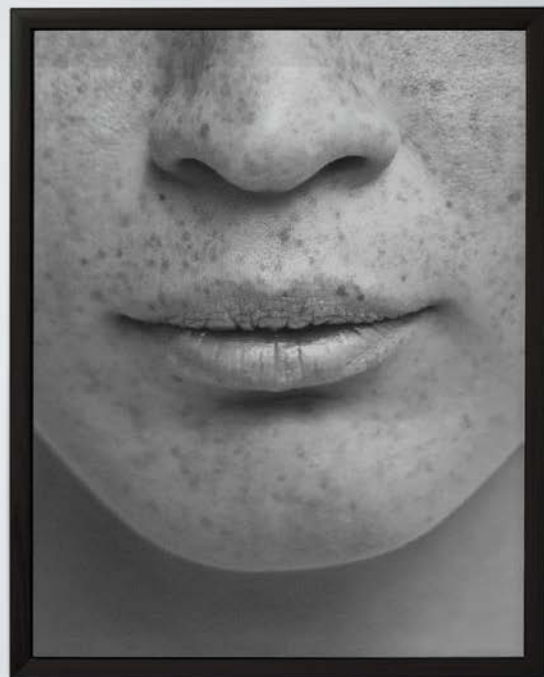
Mario Sasot

La tensión dialéctica entre los conceptos saussurianos de *langue* (el corpus léxico y normativo de una lengua) y *parole* (la producción lingüística real, hablada y escrita en esa lengua) ha marcado el desarrollo y evolución de las mismas y evidencia las presiones sociales y políticas que estas han sufrido a lo largo de la historia.

Langue

nom féminin

1. Système de signes vocaux, éventuellement graphiques, propre à une communauté d'individus, qui l'utilisent pour s'exprimer et communiquer entre eux: *La langue française, anglaise.*
2. Système abstrait sous-jacent à tout acte de parole: *L'opposition langue/parole est un concept fondamental dans la théorie de F. de Saussure.*
3. Ensemble des règles concernant les diverses composantes d'un système linguistique: *Défendre la langue.*
4. Manière de parler, de s'exprimer, considérée du point de vue des moyens d'expression à la disposition des locuteurs: *Avoir une langue riche, pauvre.*
5. Système d'expression défini en fonction du groupe social ou professionnel qui l'utilise: *La langue du barreau;* en fonction de la personne qui l'utilise: *La langue de V. Hugo;* par la nature de la communication et le type de discours: *Langue populaire, littéraire;* par l'époque où il est utilisé: *La langue du Moyen Âge.*
6. Manière particulière de s'exprimer inspirée par un sentiment: *La langue de l'amour.*
7. Littéraire. Moyen d'expression non verbal utilisé par un artiste pour traduire sa pensée ou ses sentiments: *La langue de Van Gogh.*
8. Langue étrangère actuellement parlée: *Avoir le don des langues.*



Los grandes países europeos observaron, tras el descubrimiento y conquista de América y la gran colonización africana y asiática, que sus lenguas oficiales, utilizadas como un elemento más de dominación, quedaban “contaminadas” de los dejes, palabras y expresiones de las lenguas de los pueblos conquistados y corrían peligro de dilución en variedades irreconocibles entre sí..

“Ese complejo y maravilloso universo de las lenguas no flota impoluto y aislado en las lejanas galaxias sino que está imbricado en sociedades injustas y asimétricas.”

Por ello, dirigentes, pensadores y literatos de los países dominadores vieron que era preciso y urgente sistematizar y fijar al máximo las normas constituyentes y constitutivas de esas grandes lenguas que preservasen sus esencias, su unidad.

El siglo XVIII fue en Europa el siglo de las Academias de las Lenguas, que fijaron las pautas de lo correcto y realizaron un enorme trabajo de recopilación de léxico y de estudios gramaticales y ortográficos que fueron muy positivos para el mantenimiento y el crecimiento ordenado de esas lenguas. En el Siglo de las Luces y parte del siguiente eran fuentes de prestigio la aproximación al estándar, el respeto a las normas y una visión teocéntrica de las lenguas, paralelos al carácter uniformador de los estados centralistas, inspirados en el jacobino francés, tan en boga en la época.

Con el Romanticismo vino el gusto y el interés por lo periférico. Proliferaron los amantes del folclore y de las costumbres y formas de vida campesinas, los estudiosos de las

lenguas exóticas y periféricas y el auge de la dialectología.

El habla individual, paradigma de lo creativo y lo espontáneo, y las hablas locales, eran objeto idealizado de estudio y admiración. Toda esa labor y la corriente ideológica que la sustentaba llevaron a la aparición de numerosos equipos de folkloristas y dialectólogos que salieron de las universidades de las grandes ciudades hacia pequeños y remotos pueblos para recoger cuentos populares, leyendas tradicionales, refranes, etc., y a realizar mapas lingüísticos que recogían palabras, giros y expresiones propias de cada localidad.

Orgullo y prejuicio

La ingente aparición de datos sobre las hablas vivas y la literatura popular que el positivismo lingüístico y sociolingüístico aportó, ayudó a que el habla (*parole*) tuviera un prestigio como nunca antes lo tuvo y pudiera codearse y hablarle de tú a tú a la Lengua, a la Gramática, a los Diccionarios generales y a las Academias, como sendos polos de un mismo cuerpo y de un mismo mundo —el mundo lingüístico— que se complementan y retroalimentan.

“Han sido capaces de incluir como variedad de una lengua (el aragonés) un conjunto de variedades de otra (el catalán) negando a esta última su nombre.”

Pero ese complejo y maravilloso universo de las lenguas no flota impoluto y aislado en las lejanas galaxias, sino que está imbricado en las sociedades imperfectas (por lo injustas y asimétricas) que los humanos hemos ido tejiendo.

En los finales del siglo XX y en nuestro siglo XXI, puede constatarse cómo algunas lenguas tienen más

prestigio social y político que otras. Dentro de una misma lengua, sus variantes dialectales originarias, céntricas, más próximas a los parámetros estándares concertados, gozan de un predicamento mayor que los dialectos de ámbitos más alejados o diferenciados, cuando todos ellos son teselas solidarias (y necesarias) que conforman la unidad de esa lengua.

Del orgullo del hablante de una modalidad lingüística considerada más genuina y auténtica o de una lengua calificada por la corriente ideológica generalizada de importante o “de primera”, pasamos al prejuicio de quienes consideran que lo que hablan es *basto*, de baja condición social, algo que ocultar ante los forasteros, cuando no un ropaje molesto del que desprenderse cuanto antes para adoptar con armas y sin ambages, la lengua *fetén*, la de primera, la de la administración y el estado superiores.

El colmo del paroxismo en esta injerencia de los prejuicios raciales, sociales, políticos, etc., en la organización, tratamiento y consideración de las lenguas lo constituye, sin duda, el actual gobierno aragonés PP-PAR, jaleado por un selecto grupo de incondicionales.

Ellos han sido capaces de incluir como variedad de una lengua (el aragonés) un conjunto de variedades dialectales de otra (el catalán) y negar a esta última su denominación científica. Ese batiburrillo mental y lingüístico, conducente a “darle en los morros a nuestro vecino del este” (podían haber escogido otras armas menos dañinas para nuestras lenguas como el hacha de sílex o el arcabuz) imposibilitan cualquier trabajo serio y eficaz de normalización y recuperación lingüística en nuestro territorio.

Ante ese caos de inanidad y mala fe, ¿qué hacer? Pues hablar, y *fabular* en esas lenguas.

Todavía nos queda la palabra. Por ahora.